

Kierkegaard

Europa camina hacia la bancarrota

Hilde miró el reloj. Eran más de las cuatro. Puso la carpeta de anillas sobre el escritorio y bajó corriendo a la cocina. Tenía que llevar los bocadillos a la caseta antes de que su madre dejara ya de esperarla. Al salir de la habitación echó un vistazo al espejo de latón.

Se apresuró a poner agua a hervir para el té y preparó a toda prisa unos bocadillos.

Sí que le gustaría una broma a su padre. Hilde se sentía cada vez más cómplice de Sofía y Alberto. La broma empezaría en Copenhague.

Al cabo de un rato bajó a la caseta con una gran bandeja.

-Aquí llegan los bocadillos -dijo.

Su madre tenía una lija en una mano, y con la

otra se apartó el pelo de la frente, que estaba lleno de arena.

-Bueno, entonces nos saltamos la comida.

Se sentaron en el borde del muelle para comer.

-¿Cuándo llega papá? -preguntó Hilde al cabo de un rato.

-El sábado. Ya lo sabías, ¿no?

-¿Pero a qué hora? ¿No dijiste que iría vía Copenhague?

-Sí... llegará a Copenhague sobre las cinco. El avión para Kristiansand no sale hasta las ocho y cuarto, creo, y aterriza aquí sobre las nueve y media.

-Entonces pasará unas horas en el aeropuerto de Copenhague...

-¿Porqué?

-Por nada... sólo me preguntaba por dónde vendría.

Comieron. Tras lo que le pareció una prudente pausa,

Hilde dijo:

-¿Has tenido noticias de Mine y Ole últimamente?

-Bueno, llaman de vez en cuando. En julio

vendrán de vacaciones algunos días.

-¿Antes no?

-No. no creo.

-¿Entonces estarán en Copenhague esta semana?

-¿De qué se trata, Hilde?

-De nada. De algo tenemos que hablar, ¿no?

-Has mencionado Copenhague dos veces.

-¿Ah sí?

-Hemos dicho que papá hace escala...

-Seguramente por eso pensé de repente en Anne y Ole.

Hilde volvió a poner los platos y las tazas en la bandeja.

-Tengo que seguir leyendo, mamá.

-Supongo que sí...

¿Había un tono de reproche en esa respuesta? Habían estado hablando de arreglar la barca juntas antes de que volviera papa.

-Papá medio me ha hecho prometer que habría acabado de leer el libro para cuando él volviera.

-Eso me parece un poco exagerado. Una cosa es que esté lejos, pero no tendría por qué organizar y

dirigir las cosas aquí en casa también.

-Deberías saber hasta qué extremos dirige -dijo Wilde misteriosamente. Y no te puedes imaginar cómo disfruta haciendolo.

Subió de nuevo a su habitación y siguió leyendo.

De repente Solía oyó que alguien llamaba a la puerta. Alberto le lanzó una severa mirada.

-No nos dejemos interrumpir.

Volvieron a sonar los golpes en la puerta.

-Te hablaré de un filósofo danés al que había escandalizado mucho la filosofía de Hegel -dijo Alberto.

De pronto llamaron con tanta fuerza que la puerta tembló,

-Seguro que es el mayor, que ha enviado a algún personaje fantástico para ver si nos dejamos engañar -prosiguió Alberto-. Esas cosas no le cuestan ningún esfuerzo.

-Pero si no abrimos para ver quién es, tampoco le costará ningún esfuerzo que tiren la casa.

-Quizás tengas razón. Supongo que tendremos que abrir.

Se acercaron a la puerta. Como los golpes eran tan fuertes, Sofía esperaba encontrarse con una persona grande. Pero delante de la puerta sólo había una niña con un vestido de flores y el pelo largo y rubio. En la mano llevaba dos botellas, una roja y otra azul.

-Hola -dijo Sofía-. ¿Quién eres?

-Soy Alicia -dijo la niña, e hizo tímidamente una reverencia.

-Lo que me imaginaba -dijo Alberto-. Es Alicia en el País de las Maravillas.

-¿Pero cómo ha encontrado el camino hasta aquí?

Alicia contestó:

-El País de las Maravillas es un país sin límites. Significa que el País de las Maravillas está en todas partes, más o menos como las Naciones Unidas. Por eso nuestro país debería ser miembro de honor de las Naciones Unidas. Deberíamos tener representantes en todas las comisiones, porque también las Naciones Unidas provienen del país de las maravillas de la gente.

-Ja, ja, allí tenemos al mayor -se burló Alberto.

-¿Y qué te trae por aquí? -preguntó Sofia.

-He venido a darle a Sofía estas botellas filosóficas.

Entregó las botellas a Sofía. Las dos eran de cristal transparente, pero en una había un líquido rojo y en la otra un líquido azul. En la botella roja ponía «BÉBEME», y en la azul, «BÉBEME A MÍ TAMBIÉN».

En ese instante pasó corriendo por la cabaña un conejo blanco, erguido sobre las patas traseras y vestido con chaleco y chaqueta. Se paró justo delante de la cabaña, sacó del chaleco un reloj de bolsillo y dijo: «Ay, ay, voy a llegar tarde».

Y continuó la carrera. Alicia le siguió, pero antes hizo otra reverencia y dijo:

-Ahora empieza de nuevo.

-Da recuerdos a Dina y a la reina -gritó Sofía tras ella.

Y Alicia desapareció. Alberto y Sofía se quedaron mirando las botellas.

-BÉBEME y BÉBEME A MÍ TAMBIÉN -leyó Sofia-. No sé si atreverme. Quizás sea veneno.

Alberto se limitó a encogerse de hombros.

-Pues viene del mayor y todo lo que procede de él es conciencia. Simplemente, zumo del pensamiento.

Sofía desenroscó el tapón de la botella roja y se la acercó con cuidado a la boca. El zumo sabía dulce y algo extraño, pero eso era lo de menos. Al mismo tiempo comenzó a suceder algo con todo lo que había a su alrededor.

Fue como si el lago, el bosque y la cabaña comenzaran a extenderse, Pronto pareció que todo lo que veía era una sola persona, y esa persona era la propia Sofía. Miró a Alberto, pero era como si él también fuera una parte del alma de Sofía.

-Qué raro -dijo Sofía-. Veo todo como antes, pero ahora es como si todo estuviera conectado. Tengo la sensación de que todo es una sola conciencia.

Alberto asintió,, pero era como si Sofía dijera que sí a sí misma.

-Es el panteísmo, o la filosofía unitaria -dijo él-. Es el espíritu universal de los románticos, quienes veían todo como un solo «yo». También es Hegel, que miraba de reojo al individuo y que veía todo como una manifestación de la razón universal.

-¿Bebo de la otra también?

Eso pone en la botella.

Sofía desenroscó el tapón de la botella azul y bebió un gran trago. Este zumo sabía un poco más refrescante y más ácido que el rojo. También ahora tuvo lugar un rápido cambio en todo lo que había a su alrededor

En el transcurso de un instante desapareció el efecto de la bebida roja, de manera que las cosas volvieron a su antiguo lugar. Alberto volvió a ser Alberto, los árboles del bosque volvieron a ser los árboles del bosque y el agua volvió a aparecer como un pequeño lago.

Pero esto sólo duró un segundo, porque ahora todo lo que Sofía podía ver se estaba separando. El bosque ya no era bosque, sino que cada arbolito aparecía como un mundo aparte; cada ramita era como un pequeño cuento sobre el que se podrían contar mil cuentos.

De pronto el pequeño lago se había transformado en un inmenso mar, no en anchura o profundidad, sino en detalles resplandecientes y sutiles sinuosidades. Sofía entendió que podía haber

empleado toda una vida sólo en contemplar esta agua, e incluso cuando la vida un día llegara a su fin, el agua seguiría siendo un misterio inescrutable.

Posó la mirada sobre la copa de un árbol donde tres pequeños gorriones estaban ocupados en un extraño juego. De alguna manera Sofía sabía que los pajaritos estaban en este árbol incluso cuando miró a su alrededor después de haber bebido de la botella roja, pero., de todos modos, no los había visto de verdad. La botella roja había borrado todos los contrastes y todas las diferencias individuales.

Sofía se inclinó sobre la hierba. Descubrió un nuevo mundo, más o menos como cuando uno bucea a mucha profundidad y abre los ojos debajo del agua por primera vez. En el musgo, entre hierbas y pajas, pululaba un sinfín de detalles vivos. Sofía vio una araña que lentamente y a su aire buscaba su camino por el musgo... un gusanito rojo que subía y bajaba a toda prisa por una paja... y todo un pequeño ejército de hormigas trabajando en la hierba. Pero incluso cada una de las hormigas levantaba las patas a su manera.

Y sin embargo, lo más curioso de todo fue lo que

vio cuando se volvió a levantar y miró a Alberto, que seguía de pie delante de la cabaña. En Alberto vio a una persona extraña era como un ser de otro planeta, o como un personaje de otro cuento. Al mismo tiempo sentía de una manera insólita que ella misma era una persona única. No era solamente un ser humano, no era solamente una chica de quince años. Era Sofia Amundsen y sólo ella era eso.

-¿Qué ves? -preguntó Alberto.

-Veo que eres un tipo raro.

-¿Ah sí?

-Creo que nunca llegaré a entender lo que es ser otra persona, porque no hay ninguna persona en todo el mundo que sea idéntica a otra.

-¿Y el bosque?

-No está relacionado entre sí. Es como un universo entero de maravillosos cuentos.

-Entonces es como pensaba. La botella azul es el individualismo. Es por ejemplo la reacción de Sören Kierkegaard a la filosofía unitaria del Romanticismo. Pero también lo es otro danés contemporáneo de Kierkegaard, el famoso autor de cuentos H. C. Andersen. Él tenía una vista muy aguda para la

increíble riqueza de detalles de la naturaleza. El filósofo alemán Leibniz había visto lo mismo cien años antes. Él había reaccionado contra la filosofía unitaria de Spinoza, de la misma manera que Sören Kierkegaard reaccionó contra Hegel.

-Estoy escuchando lo que dices, pero al mismo tiempo te veo tan raro que me entran ganas de reírme.

-Entiendo. Entonces debes beber un poco de la botella roja. Sentémonos aquí, en el escalón. Hablaremos un poco de Kierkegaard antes de dejarlo por hoy.

Sofía se sentó en el escalón junto a Alberto y bebió un pequeño trago de la botella roja. Ahora las cosas volvieron a juntarse. De hecho, casi se fundieron demasiado, porque de nuevo Sofía tuvo la sensación de que ninguna diferencia tenía importancia. Entonces volvió a meter la lengua en el cuello de la botella azul, y el mundo volvió a ser más o menos como era antes de que Alicia se presentara con las dos botellas.

-¿Pero qué es lo verdadero? -preguntó Sofía-. ¿Es la botella roja o es la azul la que proporciona la

vivencia correcta?

-Tanto la azul como la roja, Sofía. No podemos decir que los románticos se equivocaron, porque sólo existe una realidad. Pero a lo mejor fueron un poco maniáticos.

-¿Y la botella azul?

-Creo que es la botella de la que Kierkegaard habría bebido largos sorbos. Al menos valoraba enormemente la importancia del individuo. No somos solamente «hijos de nuestra época». Cada uno de nosotros también es un individuo único que vive solamente esta única vez.

-A Hegel esto no le había importado gran cosa, ¿verdad?

-No, a él le interesaban más las grandes líneas de la Historia. Y precisamente esto indignó a Kierkegaard, que pensaba que tanto la filosofía unitaria de los románticos, como el historicismo de Hegel, habían ahogado la responsabilidad del individuo sobre su propia vida. Para Kierkegaard, Hegel y los románticos eran más o menos la misma cosa.

-Comprendo que se enfadara.

-Sören Kierkegaard nació en 1813 y fue educado muy severamente por su padre, de quien también había heredado su melancolía religiosa.

-No suena muy bien.

-Precisamente por su carácter triste y melancólico, se sintió obligado a romper un compromiso matrimonial, lo que fue muy mal visto por la burguesía de Copenhague. De ese modo, pronto se convirtió en un hombre marginado y burlado, aunque con el tiempo aprendió a defenderse. Se convirtió cada vez más en lo que Ibsen llamaría más adelante un “enemigo del pueblo».

-¿Por haber roto el compromiso?

-No, no sólo por eso. Fue, sobre todo, porque al final de su vida elaboró una intensa crítica cultural. «Toda Europa camina hacia la bancarrota», dijo. Pensaba que vivía en una época totalmente carente de pasión y dedicación. Reaccionó especialmente contra la falta de entusiasmo dentro de la Iglesia, y criticó vivamente lo que nosotros llamamos «religión de domingo».

-Hoy en día se podría hablar de «religión de la

confirmación». La gran mayoría de los jóvenes de hoy se confirman sólo por los regalos que van a recibir.

-Pues eso es. Para Kierkegaard el cristianismo era tan abrumador y tan irracional que tenía que ser «lo uno o lo otro». No se puede ser «un poco» cristiano, o «hasta cierto punto». Porque o Jesús resucitó el Domingo de Pascua o no. Y si realmente resucitó de entre los muertos por nosotros, esto es entonces tan inmenso que tiene que inundar nuestras vidas.

Entiendo.

Pero Kierkegaard observó que tanto la Iglesia como la mayoría de la gente tenían una postura de sabelotodo ante las cuestiones religiosas. Para Kierkegaard la religión y la razón eran como fuego y agua. No basta con creer que el cristianismo es lo «verdadero». La fe cristiana consiste en seguir las huellas de Cristo.

-¿Qué tenía que ver esto con Hegel?

-Puede que hayamos empezado por el final.

Entonces sugiero que des marcha atrás y arranques de nuevo.

Kierkegaard empezó a estudiar teología cuando

contaba sólo 17 años, pero poco a poco se iba interesando cada vez más por las cuestiones filosóficas. A los 27 años, presentó su tesis sobre el concepto de la ironía, en la que se despachó a sus anchas contra la ironía romántica y contra el juego sin compromiso de los románticos con la ilusión. Como contrapartida a esta forma de ironía puso la «ironía socrática». También Sócrates había empleado la ironía como recurso, pero en su caso fue para provocar una seria reflexión. Al contrario que los románticos, Sócrates era lo que Kierkegaard llamaba un «pensador existente», es decir, un pensador que incluye toda su existencia en su reflexión filosófica.

-Bien.

-Tras romper su compromiso matrimonial, Kierkegaard se marchó en 1841 a Berlín, donde asistió a las clases de Schelling, entre otras.

-¿Llegó a conocer a Hegel?

-No, Hegel había muerto diez años antes, pero su espíritu seguía siendo el dominante, tanto en Berlín como en muchas partes de Europa. Su «sistema» se utilizaba como una especie de explicación total a toda clase de cuestiones.

Kierkegaard señaló que las «verdades objetivas» por las que se interesaba la filosofía hegeliana no tenían ninguna importancia para la existencia del individuo.

-¿Y cuáles son las verdades importantes o esenciales?

-Más importante que la «Verdad con V mayúscula» es, según Kierkegaard, encontrar la «verdad para mí». De esa manera colocó al individuo contra el «sistema». Kierkegaard opinaba que Hegel se había olvidado de que él mismo era un ser humano. Así describe al típico profesor hegeliano: «Mientras el meditabundo y respetado señor profesor explica la totalidad de la existencia, se olvida, en su distracción, de cómo se llama, de lo que es un ser humano, simplemente un ser humano, no unos ficticios 3/8 de párrafo».

-¿Y qué es un ser humano según Kierkegaard?

-Es una pregunta que no se puede contestar generalizando. Para Kierkegaard no tiene ningún interés hacer una descripción general de la naturaleza o del ser humano. Es la existencia de cada uno la que es esencial. Y el hombre no percibe su propia existencia detrás de un escritorio. Cuando el

ser humano actúa, y especialmente cuando toma importantes decisiones, es cuando se relaciona con su propia existencia. Se cuenta una anécdota sobre Buda que puede ilustrar lo que quería decir Kierkegaard.

-¿Sobre Buda?

-Sí, porque también la filosofía de Buda tomó como punto de partida la existencia del hombre: érase una vez un monje que pensaba que Buda daba respuestas muy poco claras a preguntas importantes sobre lo que es el mundo y lo que es el hombre. Buda contestó con un ejemplo de un hombre herido por una flecha venenosa. El herido no preguntaría por curiosidad intelectual de qué estaba hecha la flecha, qué veneno tenía o desde qué ángulo había sido disparada.

-Más bien desearía que alguien le sacara la flecha y le curase la herida.

-¿Verdad que sí? Eso es lo que era existencialmente importante para él. Tanto Buda como Kierkegaard tenían una fuerte sensación de existir sólo durante un breve instante. Y como ya hemos señalado: entonces no se sienta uno detrás de

un escritorio para meditar sobre la naturaleza del espíritu universal.

-Entiendo.

-También dijo Kierkegaard que la verdad es «subjetiva». Pero no quería decir con ello que da lo mismo lo que creamos u opinemos. Quería decir que las verdades realmente importantes son personales. Solamente esas verdades son «una verdad para mí».

-¿Puedes ponerme un ejemplo de una verdad subjetiva?

-Una cuestión importante es, por ejemplo, la de si el cristianismo es lo verdadero. Esta no es una cuestión ante la que se pueda tomar una postura teórica o académica. Para uno que «se entiende a sí mismo en términos de existencia», se trata de vida o muerte. No es algo que uno se siente a discutir por discutir. Es algo que uno trata con la máxima pasión y fervor.

-Entiendo.

-Si te caes al agua no adoptas una postura teórica ante la cuestión de si te vas a ahogar o no. En ese caso no es «interesante» ni «poco interesante» si hay cocodrilos en el agua. Es cuestión de vida o

muerte.

-Pues sí.

-Tenemos que distinguir entre la cuestión filosófica de si existe un dios y la relación del individuo con la misma cuestión. Ante cuestiones de este tipo, cada individuo se encuentra totalmente solo. Y a preguntas semejantes sólo nos podemos aproximar mediante la fe. Las cosas que podemos saber mediante la razón son, según Kierkegaard, completamente inesenciales.

-Eso me lo tienes que explicar mejor.

- $8 + 4 = 12$, Sofía. Eso es algo que podemos saber con seguridad. Es un ejemplo de esas «verdades de la razón» de las que todos los filósofos después de Descartes se habían ocupado. ¿Pero debemos incluirlas en nuestras oraciones? ¿Son cosas sobre las que meditaremos cuando estemos a punto de morir? No, las verdades de ese tipo pueden ser «objetivas» y «generales», pero por ello también resultan totalmente indiferentes para la existencia de cada uno.

-¿Y la fe?

-No puedes saber si una persona te ha

perdonado cuando has hecho algo malo.
Precisamente por eso es importante para ti existencialmente. Es una cuestión con la que tienes una relación viva. Tampoco puedes saber si otra persona te quiere o no. Sólo es algo que puedes creer o esperar. Pero eso es más importante para ti que el que la suma de los ángulos de un triángulo sea 180 grados. Y nadie piensa precisamente en la «ley causal», ni en las «formas conceptuales», en el momento de recibir su primer beso.

-No, sería de locos.

-Ante todo es importante la fe cuando se trata de cuestiones religiosas. Kierkegaard escribió: «Si puedo entender a Dios objetivamente no creo; pero precisamente porque no puedo, por eso tengo que creer. Y si quiero conservarme en la fe, tendré que cuidarme siempre de conservar la incertidumbre objetiva, de estar a 70.000 fanegas de profundidad en esta incertidumbre objetiva, y sin embargo creer».

-Me parece que lo expresa de un modo un poco pesado.

-Anteriormente muchos habían intentado probar la existencia de Dios, o al menos captaría con la

razón. Pero si uno se da por satisfecho con ese tipo de pruebas de Dios o argumentos de la razón, se pierde lo que es la propia fe, y con ello también el fervor religioso. Porque lo esencial no es si el cristianismo es o no lo verdadero, sino si es lo verdadero para mí. En la Edad Media esta misma idea se expresó mediante la fórmula «credo quia absurdum».

¿Ah sí?

Significa: «Creo porque es absurdo». Si la religión cristiana hubiese apelado a la razón, y no a otras partes de nosotros, entonces no se habría tratado de una cuestión de fe.

-Eso ya lo he entendido.

-Hemos visto lo que Kierkegaard entendía por «existencia», lo que entendía por «verdad objetiva» y lo que incluía en el concepto «fe». Estos tres conceptos se formularon como una crítica de la tradición filosófica, y especialmente de Hegel. Pero también contenía una crítica de toda una cultura. En las modernas sociedades urbanas, el ser humano se había convertido en «público», decía Kierkegaard, y la característica más destacada de la multitud era toda esa «palabrería» sin compromiso alguno. Hoy en

día a lo mejor utilizaríamos la expresión «conformismo», es decir que todo el mundo opina y defiende lo mismo, sin tener ninguna relación apasionada con el tema en cuestión.

-Estoy pensando que tal vez Kierkegaard podría haber dicho algunas verdades a los padres de Jorunn.

-Pero no era siempre tan indulgente en sus apreciaciones. Tenía una pluma aguda y una ironía amarga. A veces lanzaba sutilezas tales como que «la multitud es la mentira» o que «la verdad siempre está en la minoría». señalaba además que la mayor parte de la gente tenía una relación de juego con la existencia.

-Una cosa es coleccionar muñecas Barbie, pero es casi peor que una misma sea una muñeca Barbie...

-Lo cual nos lleva a la teoría de Kierkegaard sobre las tres fases en el camino de la vida.

¿Qué has dicho?

Kierkegaard opinaba que existen tres actitudes vitales diferentes. Él utiliza la palabra fases y las llama «fase estética», «fase ética» y «fase religiosa». Utiliza la palabra «fase» para marcar que se puede vivir en las fases inferiores y de pronto dar el salto»

hasta una fase superior. Pero mucha gente vive en la misma fase toda la vida.

-Apuesto a que pronto llegará una explicación. Además empiezo a sentir curiosidad por saber en qué fase me encuentro yo.

-Quien vive en la fase estética vive el momento y busca en todo momento conseguir el placer. Lo que es bueno es lo que es hermoso, bello o grato. En ese aspecto se vive totalmente en el mundo de los sentidos. El estético se convierte en un juguete de sus propios placeres y estados de ánimo. Lo negativo es lo «aburrido», lo «pesado».

-Pues sí, conozco bien esa actitud.

-El típico romántico es por lo tanto el típico estético. Porque no se trata solamente de placeres sensuales. También quien tiene una relación de juego con la realidad , por ejemplo, con el arte o la filosofía con los que él o ella trabajan, vive en la fase estética. Se puede tener una relación estética o de «observador» incluso con el dolor y el sufrimiento. Es la vanidad la que domina. Ibsen dibujó al típico estético en su personaje Peer Gynt.

-Creo que entiendo lo que quieres decir.

-¿Te reconoces?

-No del todo. Pero me recuerda un poco al mayor.

-Quizás sí, Sofía... Aunque éste ha sido un ejemplo más de esa pegajosa ironía romántica. Deberías enjuagarte la boca.

-¿Qué has dicho?

-Bueno, tú no tienes la culpa.

-¡Sigue!

-Uno que vive en la fase estética puede llegar a sentir pronto angustia y vacío. Pero en ese caso también hay esperanza. Según Kierkegaard la angustia es algo casi positivo. Es una expresión de que uno se encuentra en una «situación existencial». Ahora el estético puede optar por dar el gran «salto» hasta una fase superior. Pero o sucede o no sucede. No sirve de nada estar a punto de saltar si no se hace del todo. Aquí se trata de un «o lo uno o lo otro». Pero nadie puede dar el salto por ti. Tú mismo tienes que elegir.

-Eso me recuerda un poco a lo de dejar de fumar o de consumir droga.

-Sí, tal vez. Al describir esta «categoría de la

decisión» Kierkegaard nos recuerda a Sócrates, que señaló que todo verdadero conocimiento viene desde dentro. También la elección que conduce a que un ser humano salte de una actitud vital estética a una actitud vital ética o religiosa tiene que surgir desde dentro. Esto lo describe Ibsen en Peer Gynt. Otra descripción magistral de cómo la elección existencial emana de una desesperación y miseria interiores la ofrece Dostoievski en la gran novela Crimen y castigo.

-En el mejor de los casos se elige otra actitud vital.

-Y de esa manera a lo mejor se empieza a vivir en la fase ética, la cual se caracteriza por la seriedad y elecciones consecuentes según criterios morales. Esta actitud ante la vida puede recordar a la ética del deber de Kant. Se intenta vivir de acuerdo con la ley moral. Igual que Kant, Kierkegaard pone su atención ante todo en la disposición mental de la persona. Lo esencial no es exactamente lo que uno opina que es lo correcto y lo que uno opina que es malo. Lo esencial es que uno elija tener una actitud ante lo que es «correcto o equivocado». Lo único que le

interesa al estético es si una cosa es «divertida o aburrida».

¿Y no se corre el riesgo de convertirse en una persona demasiado seria viviendo de este modo?

—Pues sí. Según Kierkegaard tampoco la «fase ética» es la más satisfactoria. También en la fase ética puede uno llegar a aburrirse de ser tan cumplidor y nunucioso. Muchas personas, cuando se hacen mayores, llegan a experimentar una gran sensación de cansancio. Algunos pueden volver a caer en la vida de juego de la fase estética. Pero algunos dan un nuevo salto hasta la fase religiosa, alcanzando así «la profundidad de 70.000 fanegas» de la fe. Eligen la fe ante el placer estético y los deberes de la razón. Y aunque puede ser «terrible caer en las manos del Dios Vivo»., como expresa Kierkegaard, es cuando por fin el ser humano encuentra la conciliación.

-El cristianismo.

-Sí Para Kierkegaard, la «fase religiosa» era la religión cristiana. Pero también tendría una gran importancia Para pensadores no cristianos. En el siglo XX surgió una extensa «filosofía existencialista»

inspirada en el pensador danés.

Sofía miró el reloj.

Son casi las siete. Tengo que irme corriendo.
Habrá que oír a mamá.

Dijo adiós con la mano a su profesor de filosofía
y bajó corriendo al agua y al bote.